

ALMERIA JOCOSA

HEMEROTECA DE PROVINCIAL
SERVICIO DE ARCHIVO
ALMERIA

Semanario Cómico Satirico

GUASA VIVA

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

TOMADURA DE PELO

Director propietario: RICARDO RASO PORTERO.

Redacción: MAJADORES, 42.

No se pagará recibo alguno que carezca de la

firma y sello de la Administración.

Remitido

Desde el balcón

(Calle angosta y sin salida en el típico barrio de Santa Cruz, de Sevilla. En una de las fachadas, segundo término izquierdo, reducido balcón de construcción antiquísima, orlado por tupida enredadera de campanillas blancas. Algunas macetas con flores del tiempo adornan los extremos. En sitio visible, un búcaro con agua. Es una hermosa noche de verano, y la luz de la luna ilumina la escena. Laura y María, en el balcón, agitando á ratos el abanico sin que lo indique el diálogo. Son dos muchachas jóvenes y alegres; con su charla picaresca se divierten hasta de su sombra. Por esto, le dicen en todo el barrio "las niñas del balcón de las campanillas.")

Laura.—Ya se empieza á sentir er fresco. ¡Que hermosura!

María.—Verdá que sí. Ahí dentro es freirse. Si la luna no alumbrara á los mirones, aquí me amanesía en traje de Eva.

Laura.—¿De Eva? Entones acudían corriendo tos los Adanes.

María.—Se iban á vendé los gemelos por dosenas.

Laura.—Y cuando no hubiera luna, utilizaban el marnesío.

María.—(con e) Di que sí. ¡Mardeso verano!

Laura.—¡Y que no es nadie mi arcoha teniendo mosquitos!

María.—¿Y la mía? Pregúntaselo á mi agüela, que se lleva toa la noche dándose zofetás.

Laura.—¿Tu agüela sola? Po anda y fíjate en mis hermanos. Tienen las narices de las picauras, que paresen moldes de dedales. Pa despertaores no tienen presio. ¡Que campanas!

María.—Yo les llamo maquinitas der tren. ¿Y no son? Le tocan á una er pito antes de echarse ensima. (Mirando hacia el final de la calle, por su lado de entrada) Mira quien viene allí.

Laura.—(después de mirar) ¿Dónde irá el señó Miguel á estas horas?

Señor Miguel.—(está cruzando por debajo del balcón. Laura y María le tiran varias florecillas que cortan de una maceta. Aquél mira á distintos lados, y al verlas, exclama sorprendido) ¡Ah! ¿Son ustedes?

Laura.—Nosotras, sí; nosotras, que tiramos flores á su paso comparándolo con el Rey.

Sr. Miguel.—(haciendo una ligera inclinación de cabeza) Muchas gracias. ¡Quien tuviera edá pa correspondé!

María.—¿Y dónde va V. ahora? ¡Digo y lo lejo que vive!

Sr. Miguel.—Ar paseo é las Delisias. ¡Hase tan güena noche!

María.—(dando una carejada) Señó... ¡si esta calle no tiene salsa!

Laura.—¡Que le parese á V! ¡A

las Delisias por aquí!

Sr. Miguel.—(dando con el bastón un golpe en las lozas) ¡Mardita memoria! No caí en eso, hijas mías. Los años traen las canas, á cambio de la memoria y las fuerzas. ¡Ay!

María.—(á Laura) Lo mismo que dise tu agüela.

Sr. Miguel.—No estará su agüela como yo, con seguridad.

Laura.—¿Que nó? De fuerzas está imposible. ¿Cómo creerá V. que se mete los zapatos, por no tené facultas pa ponérselos con las manos? (Sr. Miguel se enoja de hombros) Pos los coloca ar lao de la cama, y aluego se tira con los piés juntos de lo ar o er corchón. (María

oculta la risa con el abanico.)

Sr. Miguel.—(disponiéndose á marchar) ¡Anda, y que te enmielen, so diablo. ¿Y pa eso te he escuchao yo?

Laura.—Eso es tan sierto como esa luna que nos alumbrá.

María.—Yo lo he visto. (con seriedad cómica.)

Laura.—Ayé de mañana, sin ir más lejos, varió la puntería, y sampó un pié en el cacharro de las nesesidaes.

Sr. Miguel.—(marchándose por donde vino) Ya me acabaste de echá (Laura y María lo llaman re-estidas veces.) Que no güervo, ea, que no güervo. ¡Estas niñas de las campanillas! ¡La ma, home, la ma! (desaparece refanfuñando co-



Ronda á una chica el guasón que en el Almedina vive, cobra en la Diputación, sin saber ni lo que escribe, y las cartas de Asunción con perfumes las recibe.

tre las risotadas de las muchachas.)

María.—Va como arma que lleva er demonio.

Laura.—¡José! Como tropiese con un chino se va á eschocá.

(Un vendedor de dulces se para en la esquina é interrumpe el diálogo con el pregón.)

Vendedor.—A los güenos merengues fió de la armiba. (se fija en las jóvenes y pregona otra vez) Merengues... son la fió, la fió de lo güeno.

Laura.—(llamando al vendedor) Arrímese usted aquí, dursero.

Vendedor.—(se coloca debajo del balcón mostrando la batea) ¿Cuántas dosenas? Estos son merengues de la gloria.

Laura.—No, si no llamamos pa comprarle.

María.—(aparte) ¡Que való!

Vendedor.—¿Entonse pa qué, mi arma? ¿Pa verlos?

Laura.—Lo llamo pa desirle que no ponga los merengues unos ensima de otros, por que se estrujan.

Vendedor.—(retirándose repentinamente.) ¡Que gracia, home! Malamente le sienta á V. el verano, niña. ¡Mardita sea!

(se va maldiciendo por donde llegó. A larga distancia pregona nuevamente.)

María.—Esta noche nos pegan. (las dos ríen.)

Laura.—Déjalo. Estamos en arto y no hay que temé. (mirando hacia la esquina) Vamos á ve á quien le toca ahora.

El Peluco.—(mandadero de oficio y viene en completo estado de embriaguez.) ¡Abajo er gobierno! ¡Abajo los Consumos!

María.—¡Adió! ¡Er Peluco borracho!

Laura.—Ya tenemos juerga pa rato, chiquilla.

Peluco.—(parándose frente al balcón y repitiendo los gritos.) ¡Abajo los caseros! ¡Abajo los diteros! ¡Y abajo la cuenta der tabernerol! ¡Ole! Ya digo hasta versós.

Laura.—Este ironra que la calle no tiene salía.

Peluco.—(lindo un cigarro) ¿Quién dijo argo? ¿Eh? ¡Ya! Creí que habían hablao. Er que quiera alguna cosa, que lo diga.

María.—(á Laura) ¿Vamos á echarle agua con el búcaro?

Laura.—Sí, sí, vamos. (coje el búcaro, se llega la boca de agua y comienza á espumarlo.) Verás como lo voy á poné.

Peluco.—(mirando al cielo) ¿Está lloviendo? ¡Ya desía yo que hoy había mucha caló! ¡Las cosas der verano! Fuerte caió, chaparrón seguro. (Laura y María sujetan la risa) Y no lo siento por mojarme; sino que el agua me cae en la boca, y me va á rebajá los grado del aguardiente.

Laura.—(dejando el búcaro) Se lo creyó.